

de la manera mas inicua. El emperador Constancio II habia cedido á la comunidad cristiana de la capital del Egipto un templo viejo de Mitra, que segun el edicto de Juliano correspondia restituir á los paganos; pero el citado obispo, que habia destinado el solar á una iglesia nueva, no hizo caso de la orden del emperador y mandó sacar del templo todo cuanto contenia. En el santuario se encontraron objetos propios del culto y además cráneos y esqueletos humanos, que la multitud cristiana paseó por las calles haciendo público ludibrio de ellos, porque el obispo los habia declarado restos de sacrificios humanos. Esto sucedió en el verano del año 362, cuando el amigo y mejor apoyo del obispo, el general Artemisio, hombre inicuo, habia sido llamado á la corte, establecida entonces en Antioquia, donde fué ejecutado por sus crímenes. La colision entre el populacho pagano y el cristiano fué terrible, y el obispo Jorge murió á manos del primero de una manera espantosa. Juliano, á pesar de su política de no hacer mártires, quiso mostrarse severo con los provocadores; pero no pasó de lo estrictamente necesario y continuó en su actitud neutral. Despues ocupó el puesto del obispo Jorge su antiguo adversario Atanasio, que regresó de su destierro; y habiendo empezado á hacer una activa y fructífera propaganda entre la poblacion gentilica, el emperador volvió á expulsarle de Alejandría.

En estas circunstancias sobrevino la guerra con la Persia, y el emperador, en la segunda mitad del mes de mayo de aquel año 362, salió de su capital de Constantinopla, y en julio estableció su cuartel general en Antioquia. Allí estaba haciendo sus preparativos para la expedicion contra el rey de Persia cuando ocurrieron en Alejandría las escenas que dejamos referidas. A no haber estado Juliano ocupado en esta empresa, que fué la última de aquel hombre extraordinario, porque le costó la vida, ¿quién sabe si habria podido conservar su calma generosa y filosófica en medio de los desórdenes provocados en el interior por los conflictos entre cristianos y gentiles? ¿Quién sabe las conmociones á que habria dado lugar si finalmente se hubiese dejado arrastrar, en vista de la terquedad é insolencia de los cristianos, á proceder contra ellos con rigor?

El astuto rey de Persia, Sapor, habia sabido con terror que en lugar del poco temible Constancio, se habia instalado en el palacio imperial de Constantinopla el héroe de Estraburgo, decidido á restablecer el honor de las armas romanas á orillas del Tigris y á seguir las huellas victoriosas de Alejandro Magno, Trajano y Severo. No se sabe si Sapor procuró apartar el golpe presentando condiciones de paz equitativas, ni si Juliano las rechazó secamente; probablemente Juliano se alegró de tener donde respirar otra atmósfera distinta de la de los odios y excesos de los religiosos fanáticos, y donde encontrar ocasion para desplegar su talento y sus grandes dotes con gloria y utilidad positiva para él y el imperio.

Durante su prolongada permanencia en Antioquia, adonde llamó á su lado en calidad de secretario al profesor ateniense Himerio, no tuvo mas que disgustos; una mala cosecha habia engendrado gran miseria, que Juliano se esforzó en vano por disminuir, dejándose llevar por su celo al recurso erróneo de querer fijar los precios de los víveres. Al propio tiempo excitó con su vida ascética y con su porte sencillo y descuidado las sátiras mordaces de los habitantes de aquella capital, tan burlones como aficionados á la ostentacion, y á quienes el emperador parecia un ente cómico. Juliano estaba á su vez indignado de la situacion religiosa; porque no solamente vió que de los doscientos mil habitantes mas de la mitad pertenecian á la iglesia cristiana, sino que allí, mas que en ninguna otra parte, el resto de la poblacion mostraba

una indiferencia por sus antiguos cultos que el emperador no habia esperado. Su disgusto llegó á su colmo cuando el 22 de octubre un incendio redujo á cenizas el templo de Apolo, situado en el arrabal de Dafne y hecho restaurar por Juliano con la mayor magnificencia. No dudó un instante de que el incendio fuese obra de los cristianos, y en su ira mandó cerrar la basílica cristiana, sin perjuicio de la correspondiente causa criminal que se instruyó con la severidad que era de presumir. Todo esto le hizo odiosa la permanencia en Antioquia, y aunque la campaña contra la Persia no urgía tanto, dióse prisa á salir de la capital de Siria para pasar á la Mesopotamia, tanto mas cuanto que sus preparativos estaban concluidos; habia contratado grandes masas de guerreros godos, se habia asegurado la cooperacion del rey de Armenia, y su fuerza efectiva de tropas de campaña formaba un total de cien mil hombres aproximadamente, reunidos ya á orillas del Eufrates.

El 5 de marzo del año 363 salió de Antioquia, y cuando se puso al frente de sus tropas desplegó tanta prevision, prudencia, arrojo, talento estratégico, y tan admirable don de entusiasmar al ejército, que bien puede pasar por el capitán mas grande entre todos los que el imperio tuvo en aquel siglo. Para hacer creer á los persas que su plan era pasar el Tigris por el Norte de la Mesopotamia, envió en aquella direccion treinta mil hombres á las órdenes de los generales Procopio y Sebastian, que en combinacion con los armenios, si posible era, debian avanzar hácia la parte mas meridional de la Media y pasar luego al curso inferior del Tigris para reunirse allí con él. Mientras tanto, se encaminó Juliano con sesenta y cinco mil hombres directamente al Eufrates; en 1.º de abril, con gran sorpresa de los persas, llegó á la plaza fronteriza de Circesio; el 5 del mismo mes atravesó el rio Caboras (1) que formaba la frontera, y avanzó por el país enemigo con su impetuosidad acostumbrada, siguiendo la orilla izquierda de este magnífico rio. Acompañaba al ejército terrestre una escuadra de mil cien buques; mil de transporte, llevando municiones y pertrechos de guerra, y los demás de combate, que en caso necesario podian servir para formar puentes. Los castillos y ciudades fortificadas que defendian aquella frontera persa cayeron uno tras otro en poder de los romanos; la gran plaza fuerte de Pirisabora cayó despues de un dia de sitio ante las terribles máquinas de ataque de los romanos, y el castillo tuvo que capitular al tercer dia. El jóven héroe parecia invencible; la red de canales y los pantanos que cubrian la Mesopotamia meridional, ó mejor dicho la Babilonia septentrional, fueron obstáculos que el ejército romano salvó casi sin detenerse; la poderosa fortaleza de Maogamalca, distante solo dos ó tres leguas de la capital de Persia, y cuyos defensores ofrecieron una resistencia decidida, fué tomada por asalto la segunda noche de sitio, á consecuencia de una mina bien calculada que facilitó la entrada de las tropas romanas. Juliano, que habia dirigido el sitio con el auxilio del eminente general godo Nevita, hizo arrasar la ciudad. Entonces el ejército pudo adelantarse hasta la inmediacion de las ruinas de Seleucia y del arrabal de Ctesifonte llamado Coque, situado en la orilla derecha del Tigris, y despues de tomar la fortaleza de Sabata, preparar el paso de aquel majestuoso rio.

Para efectuar este paso hizo el emperador limpiar el canal construido por Trajano, que unia el Eufrates al Tigris y que habia sido cegado por los persas. La obra fué ejecutada con rapidez sorprendente; la escuadra pasó del primer rio al segundo, pero en la elevada orilla izquierda del Tigris, que

(1) El rio Araxes de Jenofonte.

tenia entonces gran anchura y mucha corriente, estaban los persas ocupando una posicion ventajosísima y bien fortificada. A pesar de esto, Juliano, en la primera noche favorable se aventuró á hacer la travesía; el enemigo incendió los primeros cinco buques, pero los romanos pasaron, y tan pronto como las primeras columnas hubieron trepado á la escarpada orilla empezó á media noche la batalla mortífera que acabó al mediodía siguiente, segun cálculos modernos el 27 de mayo de 363, con la derrota completa de las huestes persas, las cuales huyeron á la desbandada á Ctesifonte, perseguidas por las tropas auxiliares godas.

Con esto habia llegado la gloria y fama militar de Juliano á su grado máximo. El rey Sapor estaba tan desanimado y dispuesto á hacer grandes concesiones, que apeló á la mediacion del príncipe Hormisdas, que acompañaba al emperador Juliano, para negociar la paz; pero el impetuoso Juliano, por su desgracia y la del imperio, rechazó los ofrecimientos brillantes del enemigo, porque estaba dominado por la ilusion peligrosa de imitar á Alejandro Magno, que le hacia sordo á la voz de la prudencia y de la tradicion militar que desaconsejaba toda empresa conquistadora mas allá de Ctesifonte.

Juliano resolvió, pues, perseguir al enemigo en el interior del Iran; y para evitar que los persas, que continuaban dueños de Ctesifonte, se apoderasen de la flota de transporte, la quemó, porque para conservarla habria tenido que dejar junto al Tigris un cuerpo de ejército que la protegiera, lo cual hubiera sido una imprudencia temeraria no habiendo llegado los generales Procopio y Sebastian con sus fuerzas, ya por desunion entre ellos, ya por culpa de los armenios. Juliano pudo tomar estas resoluciones heroicas de quemar sus naves y continuar la campaña en el interior de la Persia, probablemente en direccion de Ecbatana ó al nordeste, porque si bien era severísimo en materia de disciplina y castigaba toda negligencia y cobardía con dureza, habia entusiasmado á todo el ejército con su valor y arrojo asombrosos, exponiendo su persona sin consideracion alguna á los mayores peligros, fatigas y privaciones, mientras en el reparto de botin se mostraba siempre desprendido y desinteresado. Así las tropas estaban dispuestas á seguirle á donde quisiese.

Emprendida ya la marcha, vinieron los trabajos; el calor sofocante de junio fué fatal para los soldados, especialmente para los germanos, y los enjambres de insectos se hicieron insufribles; á todo lo cual se agregó la escasez de víveres, porque los persas, que en ninguna parte hicieron resistencia, sin dejar de molestar con su veloz caballería á las tropas invasoras, habian incendiado todas las aldeas y destruido con espantosa constancia todas las provisiones y sembrados que no habian podido llevarse á otros puntos. A los quince dias se convenció Juliano de que no habia mas remedio que volver atrás; la miseria, la falta de todo, menos del fiel é inquebrantable afecto de la tropa, que supo conservar hasta en circunstancias tan difíciles, destruyeron sus ensueños de gloria y de competencia con Alejandro Magno y le devolvieron su reflexion serena. Con resolucion, energía y habilidad dignas de Jenofonte, cambió de direccion y guió su ejército al noroeste, hácia el país montuoso de Corduene. Pronto vió que un numeroso ejército persa, mandado por el príncipe Merenes, trataba de cortarle la retirada al Tigris, pero en los muchos combates que los romanos se vieron obligados á sostener, ninguna ventaja consiguieron las masas persas con su caballería acorazada, sus lluvias de flechas y sus elefantes. La retirada parecia que debia efectuarse hasta el fin con toda felicidad, quedando Juliano en disposicion de emprender al año siguiente hácia el interior de la Persia una nueva campaña mas feliz, aprovechando la experiencia adquirida en esta.

Sucedió, sin embargo, en la madrugada del 26 de junio de 363, que inspeccionando el emperador los primeros cuerpos de su ejército, hostigado siempre por las guerrillas persas, en la proximidad de Samarra, mientras la vanguardia y retaguardia romanas estaban defendiéndose contra los molestos tiradores enemigos, apareció súbitamente una fuerte columna de caballería acorazada y de elefantes, y se arrojó sobre el centro del ala izquierda. El emperador rechazó el ataque con buen éxito, pero no acordándose en su ardor de que no llevaba coraza á causa del calor y siguiendo impetuosamente el alcance de los persas, uno de estos, huyendo, se volvió sobre su caballo y con la terrible habilidad de aquellos guerreros disparó una flecha contra el emperador, que hirió á este mortalmente en un costado. La batalla, que luego se generalizó, fué sañuda y mortífera; los persas fueron vencidos y perdieron sus generales Merenes y Nahodares, cincuenta sátrapas y mucha tropa; pero los romanos perdieron á su emperador, sin contar las demás bajas, entre ellas la del canciller del imperio Anatolio. La alegría de la victoria cesó cuando el ejército supo á media noche que el héroe imperial habia succumbido de resultas de su herida.

A la muerte de! último Constantino, siguió rápidamente la decadencia del poder romano y de todas sus grandezas.

CAPITULO II

LA DINASTIA PANÓNICA

Cuando la noticia de la muerte del emperador Juliano llegó á las provincias orientales del imperio, resonó entre todos los cristianos un inmenso grito de júbilo por verse tan súbitamente libres de la situacion molesta y opresora que habian soportado durante diez y ocho meses. No faltaron escenas odiosas y tumultuarias de reaccion contra los hasta entonces protegidos partidarios de la antigüedad pagana, entre los cuales en cambio fueron grandes la consternacion y el desaliento; y muchos, al ver cómo se derrumbaba por sí solo á su alrededor todo cuanto habia reanimado Juliano con su soplo, no dudaron ya de la desaparicion completa y definitiva, en un plazo no lejano, de toda la antigüedad olímpica.

Otras noticias posteriores, procedentes del teatro de la guerra, evidenciaron cuán inmensa era la pérdida que la muerte del último heroico é ilustre vástago de la familia de Constancio Cloro habia causado al imperio.

En efecto, al día siguiente de la muerte de Juliano se reunieron los jefes del ejército para elegir un sucesor y ofrecieron el cetro al prefecto Salustio Secundo, amigo íntimo que fué del difunto y persona respetabilísima; pero por desgracia el agraciado renunció al honor que se le dispensaba, pretextando su avanzada edad y sus achaques, y entonces los reunidos eligieron, con excesiva precipitacion, á un jefe de legion llamado Flavio Claudio Joviano. Este, que habia nacido en el año 331, y era hijo del distinguido general Varroniano, jefe de una de las primeras secciones de la nueva guardia imperial y cuyos méritos contribuyeron en gran parte á la eleccion de su hijo Joviano, era persona de aspecto imponente y marcial, excelente compañero y conocido entre los suyos como hombre de honor, amable, bondadoso, amigo del vino y de las mujeres; pero no estaba á la altura de la situacion difícilísima en que se encontraba el ejército.

Ante todo era urgente no perder tiempo y continuar la marcha; la hueste persa presentó otra batalla y fué otra vez derrotada, y el ejército romano, siempre hostigado, llegó al fin al castillo de Sumera, á orillas del Tigris. Allí Joviano demostró que no estaba á la altura de su mision. Cerca de Dura perdió algunos dias preciosos, intentando varias veces sin